



NUM. 56

BARCELONA, 2 JUNIO 1900

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 2 JUNIO 1900

NÚM. 56

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS \* 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE \* PORTUGAL 60 REIS

## REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor **LADIVONSIM**

Este preparado, verdadero rey de los callicidas no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflige á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

**DE VENTA:** En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

DIRECCION POSTAL: VIDAL SIMON

Calle Fomento.—BARCELONA (Clot)



OBRAS ILUSTRADAS Y DE GRAN LUJO \* RAMON MOLINAS, EDITOR



## CUENTOS DE TODAS PARTES

ORIGINALES

DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un  
tomo en tela, 5 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



# ESQUE DE UN ESTRENO

El estreno de la obra *La mariposa y la flor*, obtuvo brillante éxito en el teatro Español. El público escogidísimo que a oírle atento asistió fué muy pronto cautivado por la belleza y primor del lenguaje y por las galas de la versificación; pero pronto el interés de la trama despertó su curiosidad que cada acto fué siendo mayor; y, por fin, en una escena de efecto lo emocionó de tal manera, que unánime rompiendo el hielo, á una voz entre aplausos merecidos pidió el nombre del autor. Momentos después que hubo terminado la función varios chicos de la prensa comentaban con calor el suceso de la noche en el café del Veloz, y uno de ellos que no había asistido al Español, preguntó con interés por el nombre del autor. —El autor es Julio Ponce,— un reporter contestó, y añadió dándose tono el otro interlocutor:

—¿Es Ponce? ¡Cuánto me alegro! Porque desde niño soy amigo suyo y le estimo con todo mi corazón. Es chico que vale y creo que si sigue como hasta hoy mis consejos, se le espera en el Teatro Español un porvenir muy brillante, pues se lo he predicho yo. —¿Pero le conoce usted?— le preguntó en alta voz un joven que desde una mesa inmediata escuchó lleno de curiosidad aquella conversación. —(Claro es que le conozco! —No se ofenda usted si yo pongo en duda, señor mío, semejante afirmación. —¡Caballero! —Ratifico lo que he dicho. —Viendo estoy que por motivos que ignore busca usted una cuestión. —¿Qué lance ni niño muerto! Lo aseguro por mi honor que no conoce usted á Ponce ni que nunca lo trató ni pudo darle consejos, porque convencido estoy de que usted no me conoce, y Julio Ponce soy yo.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE





EN EL PANTANO

Ayuntamiento de Madrid





# Azucenas y Rosas

Son las flores de Mayo, pero no las flores espontáneas de los campos. Para ostentar las unas su matiz unánime de nieve y de oro, para lucir las otras sus triunfantes colores, color de carne, color de rosa, color de fuego, necesitan el jardín primoroso, la distinguida y correctísima compañía de los bojés recortados, de los enarenados y atildadísimos paseos. Allí desmayan las unas el lánguido cáliz de pétalos blancos, y ríen las otras, formando con sus corolas encendidas una explosión de vida, que avergüenza á sus hermanas pálidas, las que emplean la vida en derramar sobre su propia hermosura, estéril como toda hermosura inmaculada lágrimas de oro.

Por la noche, si hay luna, parecen agrandarse, y desfilan en fantástica procesión á lo largo de los jardines ó en torno de la estatua de la fuente: las aguas, finamente cernidas, que el surtidor arroja á los espacios en voluta moviente, al caer de nuevo en la esculpida taza marcan ritmo á sus pasos con notas monótonas, y miradas con ojos de poeta bien pueden parecer teoría de vírgenes descendiendo del cielo á la tierra, amazonas de la luz que cabalgan sobre un rayo de luna.

Unas, las azucenas, son las vírgenes místicas, las vírgenes sabias, las que, vestido el talle rígido por amplia túnica, llevan con las dos manos el cáliz de la vida y elevan los ojos al cielo, dormido su cerebro en

los limbos del éxtasis. Otras, las rosas, son vírgenes paganas, vírgenes locas. En la una mano el tírso, en la diestra la pátera ancha y frágil, rebosante de chipre ó de falerno, vestidas con incieritos y flotantes vestidos, riendo con los ojos, lanzando con los labios centenares de besos sin destino, que chocan en los aires, que revolotean, que se ciernen buscando otros labios, como enjambre de abejas hambrientas que buscan miel.

El poeta las mira pasar y recuerda sus sueños. Recuerda su primer ensueño y su primer poema: el poema de la virgen sabia, cuando quiso cantar la virtud, cuando anheló que todas las almas comulgasen en el cáliz de oro. Recuerda sus amores celestes... y como una noche la virgencita sabia se alejó de su lado llorando, y como después vinieron las vírgenes locas y entraron á saco en su pecho, y como hasta su cerebro ascendieron los vapores embriagantes escapados de la pátera profana, y como cantó el vicio creyendo cantar la vida, porque las hermosas bacantes le hicieron mirar

el mundo á través de los pétalos de rosa de sus túnicas flotantes. Y mirando su alma profanada, su alma que un día fué blanca, lloró... y sus lágrimas parecieron las lágrimas de oro, las lágrimas que el polen pone sobre los pétalos nevados de las azucenas. — J. Mariaca Sierra.

F. L. L. L.

# NOTAS COMICAS

GRINIS

# DEL MES DE MAYO

Por *Hastón*



1.º de mayo. La fiesta del trabajo.—La fiesta es para él y el trabajo para la Señal Nicanora.



El viaje del ministro.—¡Oh! ¡Para este viaje hacían falta las alforjas!



Cierre de tiendas.—¿Y qué órdenes traes?  
—Que si se desmandan un poco cerremos con ellos.



Cosas del Santo.—¿Vienes de la romería—y no me traes un silvato?—Entre Mazantini y Dato—se han ilerao toos los que había.



El eclipse y Villaverde.—¿Será posible que este astro opaco me prive de la luz!



Habla el autor.—Y me largo sin meterme en más dibujos que aquí hilan ustedes muy DELGADO.



# DE LISBOA



J. Wermez



A. Iopiccino

El Brasil, que tantos artistas importa todos los años para mayor brillantez y animación de sus teatros, ha querido pagar en la misma moneda al público lusitano enviándole la notable artista Amelia Iopiccino, que presentamos á los lectores de Iris. La graciosa actriz-cantante está haciendo una temporada brillantísima en el teatro de la Trinidad, siendo por su gracia, por su *verve* y por su incontestable talento, uno de los más irre-

sistibles atractivos de esa popular sala de espectáculos. Alfonso Taveira es el director de la compañía del mencionado teatro, y al mismo tiempo uno de los actores portugueses de más talento. Muy conocido en la capital lusitana y en Oporto, donde ha sido muchas veces también empresario, Alfonso Taveira jamás ha reparado en gastos para poner las obras en escena con todo lujo y propiedad, pudiendo y debiendo á eso el haberse evitado muchos *fascos*. Julieta Wermez es una de las principales figuras de la compañía italiana que, contratada por Santos Junior, el conocido empresario lisbonense, está actuando con lisonjero éxito en el Coliseo de los Recreos, de esta capital. La distinguida artista es una cantante verdaderamente notable, que podría figurar dignamente en muchas escenas líricas de primera plana. Y á propósito: visto que entre compañeros no debe haber ceremonias, va-

mos á cerrar esta sucinta noticia hablando de nuestro compañero en la prensa, Baptista Machado. De muy alegre es piritu, charlando siempre, es uno de los periodistas más populares de ésta. En la *Folha do Povo*, bajo el pseudónimo de Zaragüeta, va apreciando, *au jour le jour*, con mucha chispa, los acontecimientos más picarescos. Además de eso, Baptista Machado ha escrito algunas obras teatrales.

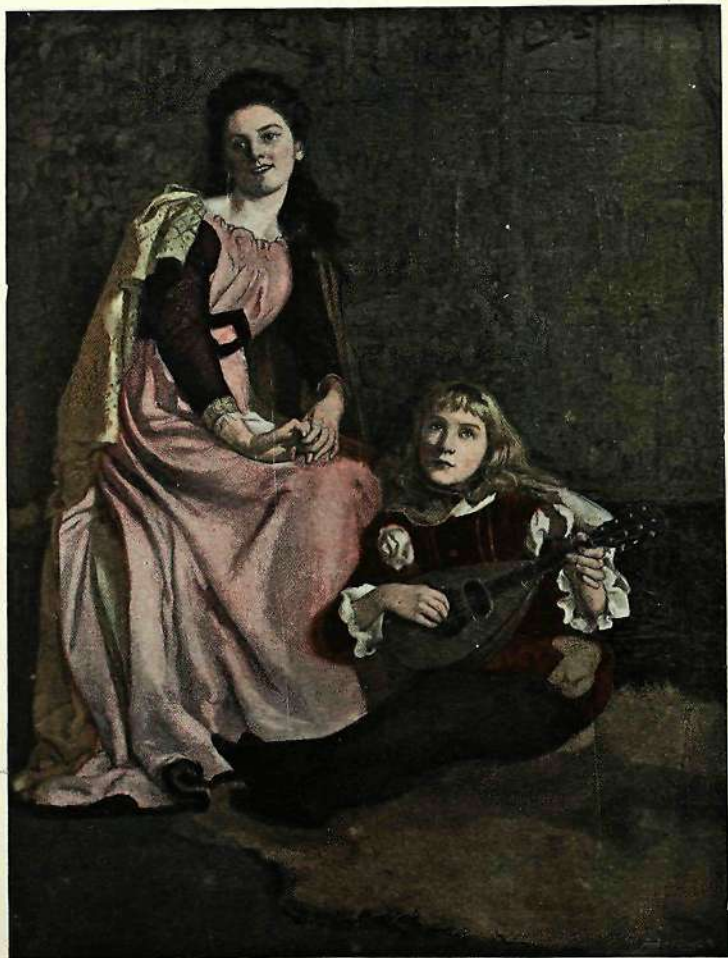
CARLOS MENDES (SIPHAX)



B. Machado



A. Taveira



LA MÚSICA ES DULCE COMO EL AMOR

Ayuntamiento de Madrid





## REGALOS DE AMOR

### I

El general Cienfuegos empezó su carrera desde soldado raso. Fué, durante toda ella, un valiente. No debió nada al favor, sino á la guerra. Y lo mismo que en las sangrientas lides de las armas, acontecióle en las dulces batallas amorosas. Y decía:

—Las mejores conquistas son las que se hacen con el esfuerzo de la propia persona, y en amor más que en nada.

Y refería sus aventuras mujeriegas, por centésima vez, á quienes querían escucharlas.

—Era yo simple soldado,—empezaba.—Iba de guarnición á una capital de provincia. Pernocté con mi batallón en un pueblo. Fuimos alojados en distintas casas. A mí me tocó la de una viuda que tenía una hija preciosísima. Aunque eran dos mujeres solas no protestaron al verme. Debí serles simpático.

A las pocas palabras, parecíamos amigos antiguos. La hija, especialmente, la encantadora Constanza, muchacha de unos diez y seis años, se desvivía por obsequiarme.

Nunca había visto de cerca soldados. Me miraba como á un ser sobrenatural. El menor detalle de mi uniforme la causaba una curiosidad extrema. El más insignificante de mis dichos la llegaba al alma. Mi triunfo fué completo, extraordinario, avasallador, cuando tocamos á la maravillosa tragedia de las guerras.

La noche que llegamos al pueblo era de verbena. En las calles se apiñaba la gente. Su regocijado vocerío, los gritos de los vendedores de chucherías y golosinas, los compases armoniosos de las músicas, llegaban hasta la casa, poniendo en nuestros nervios relámpagos de felicidad y en nuestros ojos resplandores de fiesta. Constanza se vistió su mejor traje, un traje vaporoso, elegante, de color de rosa, festoneado el cuello y la comisura superior del seno de blanco encaje. Iba preciosísima.

Fueron, pues, á la verbena Constanza y su madre, y yo de acompañante, á su lado, emocionadísimo, soñando en quimeras de amor. La madre caminaba detrás, hablando con unas amigas. A los pocos pasos me había ya declarado á Constanza. Con la sencillez de la inocencia, que rechaza todo disimulo, la joven correspondió á mi afecto. Sí, me amaba; pero, tenía que la olvidara.

—¿Y tú, me olvidarás, alma mía?—le dije tuteándola.

—¡Nunca! ¡Nunca!—respondió con apasionado acento, por el cual comprendí que no mentía.

Ya éramos novios. ¿Qué cosa más natural que hacer á mi princesita un regalo? Me registré los bolsillos, y empaídecei como un muerto. No llevaba un cuarto. Los soldados tienen pocos ahorros. Mi situación era desairadísima.

No obstante, hice además de sacar dinero del bolsillo para obsequiar á mi novia.

—Quiero comprarte algo, hacerte un regalo, para que me tengas siempre en la memoria,

—¡No lo permito!—se apresuró á decir ella, cogiéndome la mano.—Los soldados tenéis muchos gastos. Para acordarme de ti, no necesito sino que me quieras.

Yo estreché su mano profundamente conmovido. Era una mano morbida, torneada, sedosa. Había-

mos llegado á un lugar oscuro, bajo unos árboles, y no pude menos de llevar aquella mano deliciosa á mis labios. La mano se abandonó á mi caricia. ¡Me la hubiera comido! Y cosas de amantes! Como seguía la oscuridad, pasé de la mano á la boca. Y en ella, en aquellos labios frescos, húmedos, palpitantes, estampé no sé cuantos besos.

—¿Ves?—dijo ella riendo y sofocada por la emoción.—Ya me has dado un regalo. El más dulce de todos. Tus besos.

Nos separamos al otro día, y no volví más á verla.

## II

—Conocí después muchas mujeres. Juré amarlas á todas hasta la muerte. Pero de aquellos juramentos me olvidaba á los pocos instantes. En la vida del militar, todas las cosas, afectos, sueños, esperanzas, van á paso de carga. Transcurrieron algunos años sin que ninguna hija de Eva lograra producir en mí la impresión que me había producido Constanza. Pero el corazón, como el estómago, se cansa del desorden. Ya era yo hombre maduro. Había avanzado en mi carrera, tenía el grado de capitán, y resolví casarme. Visitando una

Exposición de pinturas, encontré la mujer que yo imaginaba que podría ser mi esposa. Era una joven como de veinticinco años. Alta, delgada, sería, tenía algo de mármoleo al par que de misterioso, algo de las estatuas y cuadros que decoraban los salones. No era como Constanza, la rosa primaveral, alegre, abierta á todos los céfiros, embriagando con sólo su perfume. Era, por el contrario, el fruto ya en sazón, un fruto delicado, envuelto en terciopelo, bajo cuyo exterior, acaso no muy deslumbrante, se adivinaba un interior delicioso, dulcísimas ternuras, agujeros espoleadores del deseo.

Pasó por acaso un amigo mío que la conocía, y me presentó á ella. Se llamaba Elena, y era artista. Vivía con una tía solterona que la había criado desde niña, no obstante de vivirle los padres. Elena había sido mimada como un pajarillo enfermo, cuidada como una flor preciadísima, agasajada como un ídolo. Desde las primeras palabras que cruzamos, descifré su carácter, frío y dominante. Pero, me gustó. Me agradó aquel mobin altivo que replegaba sus labios y fruncía su entrecejo. Hay cierto placer, aunque uno sea un león, en dejarse avasallar, sobre todo, si quien nos ata la cadena es una mano bonita.

Me declaré á Elena. Mi declaración la produjo risa.

—Yo ya estoy casada,—me dijo humorísticamente.

—¿Usted casada? ¿Con quién?

—Con un sujeto á quien adoro. Con el arte.

—¡Bah!—exclamé desechando el temorcillo que se me había entrado en el pecho.—El arte y la guerra son buenos amigos. No tengo celos. Le consiento á usted ese amante, con tal de ser yo el marido.

La visité en su casa diferentes veces. La sitió como á plaza fuerte. Llegué verdaderamente á enamorarme de ella. En mi voz, cuando pronunciaba protestas amorosas, había sonos profundos, temblorosos, muy cercanos al llanto. No pensaba sino en Elena. Y un día, llevándola como siempre en mi alma su imagen, viendo en un escaparate un soberbio abanico, entré á comprarlo. Era un abanico antiguo, de cabritilla, con un paisaje maravillosamente pintado. En

los guiones del vaillaje de metal cincelado, había un corazón en esmalte. Me complació esta coincidencia. Además de ser un objeto de arte, podía servir de mensaje de amor. Me pidieron un dínar. No regateé. Pagué, cogílo en mis manos, y corrí á casa de mi diosa.

—¿Le traigo á usted, un pequeño recuerdo?—le dije emocionado, y fingiendo modestia.

Abrió mi futura el abanico, y se puso á contemplarlo. Yo la miraba en silencio, sonriendo con orgullo, aguardando su elogio. Después de largo rato de examen, dijo con el acento seco de un crítico:

—No es feo. Los árboles tienen un tono muy agrio. Las figuras están desdibujadas, pero están agrupadas con gracia. Pudiera ser copia de algún cuadro de Watteau. De todos modos, gracias. Lo colgaré abierto en la pared de mi estudio.





Di un salto. Y ¡yo que pensaba que aquel abanico más afortunado que yo iría á acariciar, suspendido en su mano, sus mejillas, su seno! Tomé el sombrero, y me despedí «hasta luego». Este «luego» no ha llegado todavía.

### III

—Salí de esta aventura como gato escaldado. Juré ya no enamorarme en la vida. Mi profesión absorbía mi tiempo. A ella dediqué todas las fuerzas de mi alma. Apenas se declaraba una guerra, ó estallaba un motín, ó había que des empeñar algún servicio que ofrecía riesgo, allá iba mi solicitud, y tras ella mi persona. Como no tenía familia, no me arredaban los peligros. Mi muerte no dejaba ni huérfanos ni viuda.

Pero, ya se comprende, no por eso renunciaba á la dulce, aunque pecaminosa, manzana del paraíso. De vez en cuando hincaba en ella el diente. Ser mariposa, ir de flor en flor... ¡bueno! Pero, enlazar mi corazón á otro... ¡eso jamás! No soy solo; como yo, hay muchos.

El tiempo, entretanto, como siempre, volaba. Y yo, como de «cosumbre», peleando. Se sucedían con frecuencia las batallas sangrientas, y mi cuerpo fué llenándose de años y de heridas. Comenzaron á blanquear la barba y la cabeza. ¡Ah, maldición! Se acercaba la tristísima hora de la vejez. Era forzoso dar al amor las postreras despedidas. Y en esa crisis suprema de las ilusiones que se van y de los desengaños que se quedan... volví otra vez á enamorarme, con más furia que nunca.

Esta vez recayó mi elección, elección de sultán nada más, en una de esas alegrísimas muchachas, recreo y embeleso de los solteros, y también, á veces, su desesperación y tormento. Su perpetuo regocijo, su ingenio chispeante, su ingénita elegancia, su seducción irresistible, me hicieron amarla como un loco.

Se llamaba, de propio nombre Leocadia. Pero ella se había confirmado con el de Marina. ¡Marina! Ya comprenderán ustedes que, para un hombre de guerra, la Marina tenía que ser un auxiliar admirable.

Era Marina una morena donairoisísima. No muy alta, con proporcionadas carnes, con extremado garbo en el andar y en las actitudes, venía á ser una página nueva en el libro de mis amores. No era la rubia Constanza, cariñosa y celestial; no era la escultural Elena, blanca y fría; era Marina una verdadera gitana, con su pelo azabachado, su piel cobriza y su temperamento de fuego.

Al día siguiente de conocernos, me dijo:

—Mira, coronel, necesito que me regales muchas cosas.

—Cuanto tú quieras.

—Pues, bien. Empieza por una sombrilla.

Era invierno. Yo repliqué:

—¿Una sombrilla ahora?

—Sí,—repuso con picaresca charla.—Aunque hace poco sol, no quiero ponerme morena.

Comprendí que era un capricho. Y en amor, hay que acceder á los caprichos más que á las necesidades. La regalé, pues, una magnífica sombrilla.

—Espero que la usarás,—dije á mi amiga.

—Ahora mismo,—me respondió.—Voy á dar un paseo, y la sacaré, y daré envidia á mis rivales.

Con efecto, así lo hizo. Yo la seguía embobado por la calle. Llevábala abierta, resguardándose de un sol imaginario. De pronto se encontró con otra muchacha, sin duda, de su misma especie. Miráronse con rencor ambas. Cruzáronse algunas palabras, y vi la sombrilla, blandida por Marina, romperse en dos pedazos sobre la cabeza de la otra.

No quise ver más. Doblé la primera esquina que encontré, y desaparecí... hasta hoy.

—Y ahí tienen ustedes,—concluyó diciendo el general Cienfuegos,—la historia de mis regalos de amor. ¡Ah! ¡Si yo encontrara á Constanza! La daría toda mi fortuna, y un beso... ¡Aunque ya fuera una vieja!

JOSÉ DE SILES



## LA GUERRA ANGLO-BOER

Confírmose, por fin, el levantamiento del sitio de Mafeking, y justo es rendir un tributo de admiración al coronel Baden Powell y á sus 900 hombres que con tanto tesón se han defendido, á pesar de las escasas probabilidades de socorro. En esta campaña han demostrado los ingleses que saben resistir de una manera ejemplar todos los horrores de un prolongado sitio, y Kimberley, Ladysmith y Mafeking serán recordadas siempre con orgullo, máxime no siendo ninguna de ellas plaza fuerte, pues todas las defensas eran improvisadas y asaz débiles.



PUNTE DE BETHULIA, DESTRUIDO POR LOS BOERS EL 12 DE MARZO

que, de levantar su cabeza del sepulcro en que yacen los veteranos de Arapiles y Waterloo, calificarian de *shocking* ó de *improper*. Por más que se exagere la petulancia francesa y la excesiva gesticulación napolitana, los londinenses más graves les dejan tamañitos á los italianos del Sur y á los franceses

del *Midi*, en punto á ruidosas y extravagantes exteriorizaciones, si bien basadas esencialmente en copiosos *drinks*. La verdad es que no conocería á los ingleses de hoy la madre que los parió. La nación brutal y alborotadora de los Chamberlaines y Balfours no es la nación de los Spencer, los Gladstone, los Cobden y los

Stuart Mill. Al antiguo lema de *Paz, economía y reformas*, ha sucedido el de *Guerra, derroche y abusos*; á la impenitencia varonil con que eran acogidas las noticias de los reverses como las de los triunfos, ha sucedido la expansión grotescamente ridícula de un pueblo en delirio coreográfico, *bailándose* desenfrenadas *gigues* en las calles lo mismo los lores que la más desarrapada gentuza de White Chapel. Es



BETHULIA: CIUDAD FRONTERIZA DEL ESTADO LIBRE

de suponer que Nelson y Wellington deben darse á todos los diablos en el otro mundo ante un espectáculo tan contrario al castizo carácter de Inglaterra.

Y aun no para en eso la cosa, sino que la nación que con justicia blasonaba de ser 'el arca santa de la libertad' perpetra los más odiosos atentados contra la libertad de opinión. En Londres, en Aberdeen, en Oxford, en las islas del archipiélago normando han sido brutalmente maltratados los simpatizadores con los boers. El mismo partido liberal no ha tenido valor para oponerse á la corriente neo-imperialista, y se hace cómplice del chamberlainismo. Decididamente triunfa la doctrina de los penistas, y puede decirse de la humanidad, que aunque la mona se vista de seda mona se queda. Tenemos muchos ferrocarriles, fábricas, periódicos y tranvías, pero en punto á moral estamos lo mismo que en tiempo de la *Cueva de los Murciélagos*, sino peor.

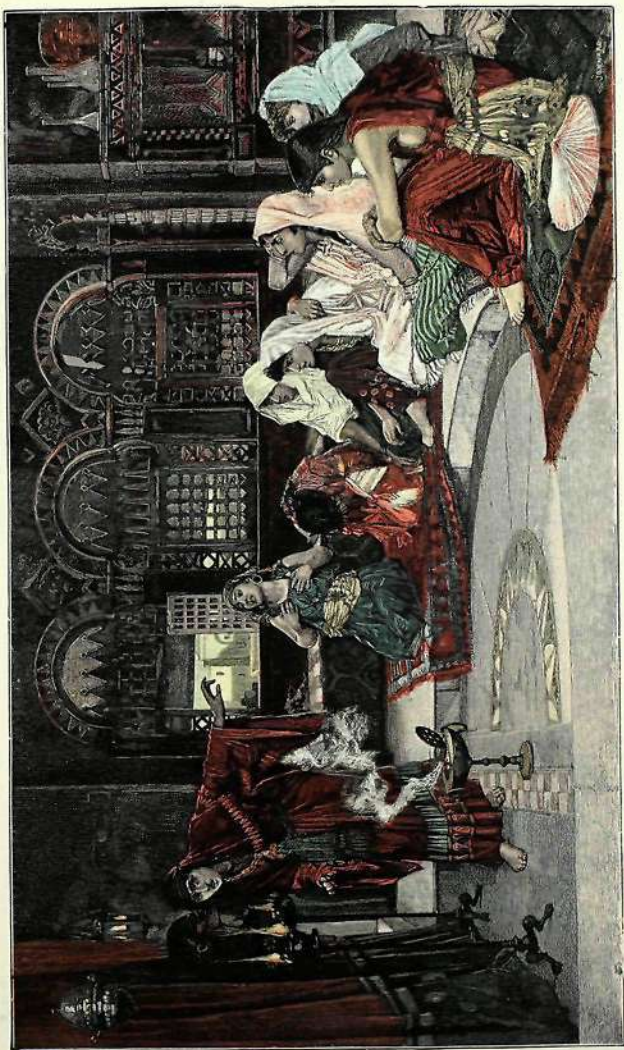
A. ALCAZAR



BATERIAS INGLESA CAMINO DE SPRINGFONTEIN, EN EL ESTADO LIBRE DE ORANJE

mando han sido brutalmente maltratados los simpatizadores con los boers. El mismo partido liberal no ha tenido valor para oponerse á la corriente neo-imperialista, y se hace cómplice del chamberlainismo. Decididamente triunfa la doctrina de los penistas, y puede decirse de la humanidad, que aunque la mona se vista de seda mona se queda. Tenemos muchos ferrocarriles, fábricas, periódicos y tranvías, pero en punto á moral estamos lo mismo que en tiempo de la *Cueva de los Murciélagos*, sino peor.





EL ORÁCULO

## LA RAMBLA DE BARCELONA

El forastero que desembarcando en el muelle de la Paz emprende su camino Rambla arriba se hallará delante de un espectáculo que difícilmente se borrará de su memoria, aunque haya visto el admirable panorama que ofrecen en París las dos orillas del Sena contempladas desde el puente Nuevo ó se haya sentado en Venecia en algún banco del muelle de los Esclavos.



aquella agitación vertiginosa. Llegado el forastero á la Rambla de Estudios es otro cantar; cantar, en efecto, se oyen millares de canarios, jilgueros, pinzones, ruiseñores; revolotean guacamayos, charlotear cotorras y en sus jaulas toda la fauna pajaril, suelen verse aunque rara vez algún representante de las rapaces así como también ejemplares de roedores, ardillas y ratas blancas, y hasta grillos. Igual vistosidad, sólo que el suplemento de regalo para el olfato corresponde aquí al oído.

Y, por fin, sálase á la plaza de Cataluña, y el forastero, en aquel inmenso Sahara, si es el verano, ó en aquella estepa, si es invierno, siente una indecible sensación del *vacío*, que contrasta con la aglomeración humana y urbana de las Ramblas.

Allí está, sin embargo, el verdadero corazón de Barcelona, como en otro tiempo en la Plaza de San Jaime. En aquella vastísima plaza, desembocadura de las grandes arterias del Ensanche, deberían levantarse los monumentos más importantes de Barcelona, sino de Cataluña, y, en efecto, se ven varios cafés y academias, como si ésta fuera la última palabra de nuestra civilización. Las Ramblas forman un conjunto esencialmente particular á Barcelona, y sería de desear que la plaza de Cataluña correspondiese por su aspecto al carácter de las mismas, siendo como la síntesis de la animación que reina desde el mar donde empiezan, hasta el pie de la montaña, donde acaban.

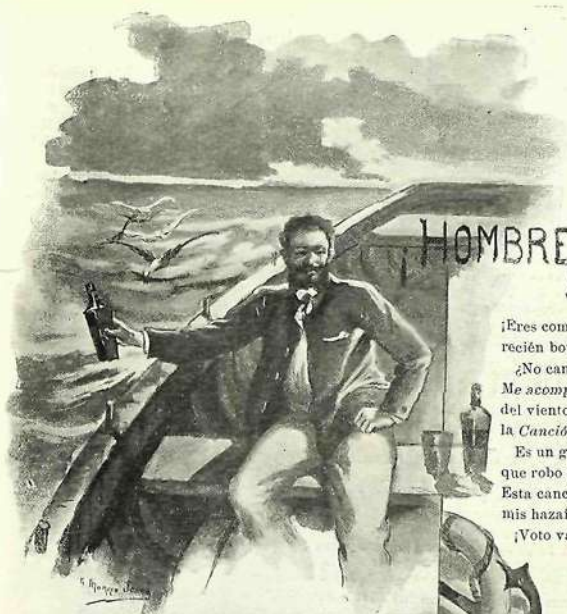
Posee Barcelona, en efecto, á falta de monumentos de fama universal, una Rambla de las Flores y á continuación de ésta una Rambla de Estudios que pueden calificarse de cosas únicas en el mundo. A ambos lados del anchuroso paseo central, bajo los copudos plátanos que entrelazan sus ramajes formando una bóveda de verdura, salvo cuando el hacha municipal sealea los poda en demasía, extiéndense sendas hileras de mesas cargadas y rodeadas de ramos de flores, macetas de todas formas, plantas de follaje, plantas de salón y graciosos *bouquets* que convierten cada puesto en un altar de Flora, servido por una sacerdotisa que por su figura y su traje es digna de tan delicado ministerio. Los ojos se sienten acariciados con los mil matices de las rosas y gardenias, jazmines y violetas; con las plantas exóticas, de raras formas, las grasas hojas de los cactus, los plumeros multicolores de las cañas, las opulencias de los grandes ramos y el verdor de las yerbas que sirven de fondo á las corolas. Un perfume penetrante embalsama el ambiente, y un ruido ensordecedor de vocerío, carruajes, tráfico y músicas aturde de momento al que no está acostumbrado á



RAMBLA DE ESTUDIOS  
PLAZA DE CATALUÑA.—RAMBLA DE LAS FLORES

A. LEON





## HOMBRE AL AGUA!

¡Eres como una goleta,  
recién botada á la mar!  
¿No cantas? ¡Haré yo el viaje!  
*Me acompaña la armonía  
del viento... Escucha, alma mía,  
la Canción del abordaje.*  
Es un grito temerario,  
que robo y sangre palpita.  
Esta canción resucita  
mis hazañas de corsario.  
¡Voto va! ¡Qué tiempo aquel!

¡Brindo al amor y al placer!  
¡Brindo y desecho el quebranto!  
¡Sirena, cesa en tu llanto!  
Sigue mi ejemplo: ¡a beber!

Dicha el ginebra me ofrece,  
y caigo en la tentación...  
Es más tratable que el ron,  
y alegría y no desvanece.

Oye, sirena: ha un momento,  
todo era luto y pesares;  
ni tú entonces cantares,  
ni yo estaba en mi elemento.

Ahora el paisaje ha cambiado,  
fulguran mil arreboles,  
y el sol parece que en soles  
radiantes se ha transformado.

Esta mansión, mi deseo  
la juzga del agua á flote,  
convertida en camarote  
de un bergantín de recreo.

¡Ea! ¡A reír y á gozar!  
Contigo hay dicha completa.

La legalidad me mata,  
y estoy sin cobre y sin plata,  
cuando oro tuve á granel.

Pero, en cambio, así no lucho,  
ni rudas fatigas paso...  
¡A ver, ginebra! ¡Otro vaso!  
¡Rayos! ¡No refresca mucho!

Iré á la playa á cantar...  
Tengo la cabeza llena  
de fuego... ¡Abreme, sirena,  
que aquí me voy á asfixiar!

Sal delante; marchó en pos...  
Convida la noche clara.

¿Qué es esto? ¡Cosa más rara!  
¿Tengo un pié, ó tengo los dos?  
Grumete... acerca, muchacho,  
me caigo... ¡Extraño vaivén!  
¡Por Cristo, ó yo no estoy bien,  
ó es que el mundo está borracho!

FLORENTINO LLORENTE

## COSAS DE NUESTRAS ABUELAS



AMINICO de Montalbán, con la ropica de cuando repicaban gordo, luciendo las grandes arracadas de plata tal cual conservadas desde luengos años en el fondo del cofre, y aprestándose contra las bien encinchadas hamugas de una enjaezada mula que, por lo cebada y lustrosa, de canónigo parecía, la tía Mari-Francha estaba aquella mañana más contenta que un príncipe á quien acabasen de entregar el cetro.

Y no había motivo para menos. Habíala prometido su marido mucho tiempo hacía llevarla un día consigo de viaje, y el tío *Salivica*, que así mismamente le apodaban, por mor de que cuando ingería la saliva le sonaba la garganta como el pavo que traga nueces enteras y éstas se chocan, el tío *Salivica*, digo, cumplía siempre sus promesas.

Iba él á pie, al lado de la caballería, y de vez en cuando exclamaba sacudiéndola un varazo:

—¡Arre, mula!

El eco de aquel grito repercutía gradualmente hasta quedar extinguido entre las masas graníticas de la sierra, siendo tan imponente en aquella soledad que hacía estremecer á Mari-Francha, la que miraba á su compañero con los ojos abiertos, muy abiertos; y seguramente le veía como con cristal de aumento, puesto que murmuraba moviendo de arriba abajo la cabeza:

—¡Gran hombre eres, Juanico!

El tío *Salivica* sonreía disimulando; una oleada de satisfacción le recorría el cuerpo, sin hallar *rálvula de escape* y contestaba fingiendo distracción y tentándose el pañuelo de la cabeza:

—¿Qué's callate, tontica?

Habían salido de Cuatroineros al asomar el alba, y ya debían ser las ocho, miaja más ó menos. Si no avivaban la marcha, *quién* sabe si llegarían á Montalbán á las nueve, hora de la misa mayor? Y era día de precepto.

Por nada de este mundo querían ellos pecar, y el tío *Salivica* aguijoneaba á la cabalgadura con la vara y con su animoso grito de:

—¡Arre, mula!

Y la *señá* Mari-Francha, siempre con los ojos muy abiertos, absorta en la contemplación del agreste paisaje que recorrían, seguía diciéndose entre sí al oír el grito:

«¡Grande, gran hombre es el mío!»

Por fin, allá abajo, se columbró una veleta; á ésta seguía una torre y á ella un campanario; el sol hirió el bronce de una campana y su brillo alegró á los viajeros, y su ruido, al moverse, les hizo comprender que aun llegarían á tiempo al templo.

Después vieron los tejados de las casas; luego las casas mismas se distinguían perfectamente y en breve estuvieron á la entrada del pueblo, dando por terminado su viaje.

El tío *Salivica* ofreció á su costilla ayuda para apearse. Aceptóla ella gustosa; echó pie á tierra, se santiguó y murmuró temblorosa:

—¿Y esto es Montalbán?

—¡Pus no ha é ser!

—Es que *paice* que allá arriba, por aquella senda, encima é todo, se ve una *cosica* blanca, como si fuesen casas.

—Aquello es otro pueblo, *maña*.

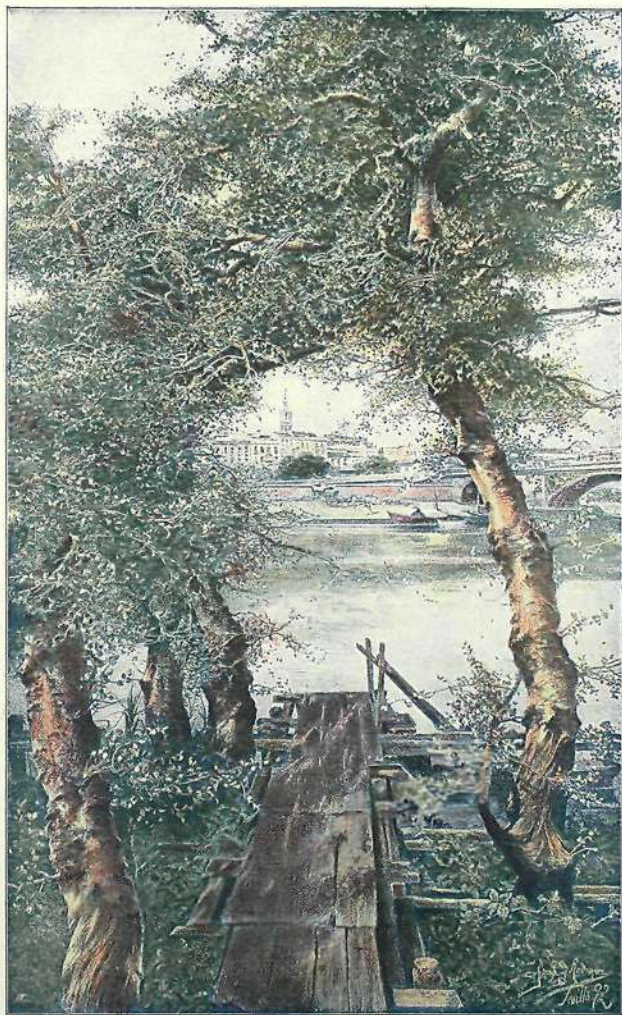
—¿Qué *íes*, Juanico? ¡Otro pueblo! ¡Pus aun que *himos viaja*o leguas y leguas... Si esto es *pa* perder el conocimiento... Anda *maridico*, anda; volvamos á casa, aunque nos quedemos sin misa. ¡Dios mío! ¡Otro pueblo! ¡Pero es de veras que aun hay más mundo?



(Dibujos de Gascón)

JULIO VICTOR TOMEY





SEVILLA: EL GUADALQUIVIR

Ayuntamiento de Madrid

## BELLAS ARTES

El misterioso episodio de la vida de N. S. Jesucristo cuando sus desconsolados padres han perdido al Niño en Jerusalén y lo encuentran, por fin, en el Templo discutiendo con los Ancianos y los doctores de la Ley ha sido tratado con muy poca frecuencia por los artistas, por falta seguramente de no verse capaces de interpretar la escena ó creerla menos conmovedora que otras. Mazzolino, pintor parmesano, que floreció en la primera mitad del siglo xvi, dejó probado, sin embargo, con el cuadro que reproducimos hoy por el grabado que el asunto podía ser tratado de deliciosa manera, venciendo el difícil empeño de hacer majestuosa y sapientísima la niñez en medio de las más altas capacidades de varones llenos de años y de saber. Jesús oscurece á todos los congregados en el Sanhedrio, y la admiración de que están poseídos los venerables intérpretes de la Ley está expresado con verdadera maestría.

*El cartel de desafío* es contado entre las obras más importantes del ilustre Orchardson. Trátase de un reto dirigido por un caballero á un cabeza redonda, durante la terrible lucha entre Carlos I y el Parlamento. Ambos personajes están caracterizados expresivamente: el caballero revela en su porte y en su traje la influencia francesa; el *parlamentario* es fuerte, grave y duro como *gentleman farmer*, compañero y amigo indudablemente del gran Cromwell.

Pocas épocas, ciertamente, contienen más interés dramático que aquella en que al espíritu político se reunía el fanatismo religioso. Los terribles Santos eran verdaderos diablos en el campo de batalla, y á su vez los nobles fieles á Carlos I peleaban con admirable heroísmo. Nunca se vieron contrastadas dos fuerzas más antagónicas, ni se combatió con más fe. Los soldados del Parlamento eran tales como vemos ser hoy los *comandos* de los boers; iban al fuego entonando salmos y firmemente persuadidos de la asistencia divina, y mandados por rudos hidalguillos del campo se lanzaban á la lucha con la convicción del que se cree apoyado por el cielo. Fué un tiempo aquél en que aparecieron muchos *hombres*, muchos caracteres, y á eso debieron su triunfo los puritanos. PEDRO NORRIZ



JESÚS DISPUTANDO CON LOS DOCTORES  
EN EL TEMPLO



EL CARTEL DE DESAFÍO



# PEPITORIA

## EL FEMINISMO

El insigne escritor Marcelo Prevest, sapientísimo ingeniero y novelista de primera fila, acaba de publicar dos novelas, *Federica* y *Lea*, que son la más matemática, elocuente y conmovedora condenación de las fatales doctrinas feministas. Mucho conviene a la causa de la felicidad del género humano que salgan hombres tan autorizados a combatir la funestísima propaganda que pretende desquiciar la naturaleza mujeril, para desgracia suya y mayor infortunio de los hombres.

## EL DORADO

Este nombre, que llevan algunos teatros, lo mismo en España que en el extranjero, tiene un origen geográfico.

Cuando á mediados del siglo XVI comenzaron á afilur aventureros á la América tropical, los indígenas les aseguraron que en la vastísima comarca comprendida entre el Amazonas y el Orinoco, hacia los confines de la Guayana, en las fuentes del caudaloso Oyapok y junto á orillas de un lago llamado *Purimé* había,—así lo contaban,—una ciudad de techos de oro, designada con el nombre de *Manoa*, en la que se habían refugiado los restos de la familia del Inca y en cuyo palacio vivía el *Hombre Dorado*, rey del país.

Tales noticias movieron á codicia á no pocos europeos que se embarcaron para las costas de Venezuela en busca de la rica *Manoa*. Allá fueron, entre otros Jorge de Spire, en 1536; Felipe de Hutten, en 1541; el caballero Walter Raleigh, á fines del mismo siglo, Lorenzo Keimis en 1596, siendo innecesario decir que por ninguna parte parecían ni el *Hombre Dorado* ni la dorada *Manoa*. Lo que sí era cierto es que había en aquella tierra cierto número de grutas miedosas, de manera que las pretendidas pepitas de oro no pasaban de ser arenas doradas, vulgo *oro de los monos*. Uno de los exploradores encontró uno de los famosos templos áureos á orillas del Caroní, subafuente del Amazonas, y qué más, pues sencillamente una gruta de focas de mica, que brillaban endiablidamente al penetrar el sol dentro de la cueva, como diría nuestro embajador en París.

En cuanto al lago *Purimé* no pasaba de ser una inundación anual.

Y puestos á hablar de esas imaginarias comarcas auríferas, recorde-

## Problema de ajedrez núm. 27



Las blancas juegan, y dan mate en 4 jugadas

mos también la inexistente *Ciudad Encantada*, que se creía situada al Sur del territorio actual de la Argentina, en la *isla de los Césares*, tierra baja y pantanosa, en la costa Sur de la provincia de Buenos Aires, entre la embocadura del Colorado y el Río Negro. Hasta fines del pasado siglo fueron muchos aventureros en busca de la tal ciudad, sin poder dar con ella.

## BIEN PAGADO

En una de las ventas de cuadros, dibujos, estatuas, etc., que se celebran en París, un desconocido ha pagado en 36,000 francos un dibujo de Alberto Durero representando á un burgomaestre de Nuremberg. El tipo de tasación era 20,000 francos. Sólo se nos ocurre pensar que ese señor no debe ser aficionado á los toros, y que tal vez no llegase á comprender si se lo dijeran, como podría el ayuntamiento de Aranjuez, ofrecer diez mil duros, en oro, á Guerrita, para que fuese á torear allí.

De igual manera que el ayuntamiento de Aranjuez, si se lo dijeran, no comprendería que puedan darse 36,000 francos por el retrato de un alcalde del tiempo de María Castaña.

## EL COLOR ROJO

Un médico que nos merece el más absoluto crédito nos ha contado, poseído del mayor entusiasmo, los brillantes éxitos que ha conseguido, en varios casos de viruela, haciendo que no penetrasen en el cuarto del enfermo otra luz que la roja. Con este objeto, mandó poner visillos rojos en los balcones y ventanas de la habitación y que fuesen rojos el co-

bertor de la cama, y rojas las cortinas de la misma. El resultado fué que los enfermos y enfermas *pasaron* la viruela sin una sola pústula en la cara. El motivo de tan singular fenómeno es que la luz roja, puramente calorífica, no dejar pasar los rayos violetas y ultra-violetas, eminentemente químicos. Este tratamiento, por la fototerapia, fué preconizado por un médico dinamurqués.

M. Cheron, de París, se vale de otro procedimiento, más incómodo, y á no dudar, más difícil de practicar. Consiste en pintar á los viriosos, en cuanto se meten en cama, antes de la erupción, con una disolución de ácido picroico en agua, que les da un precioso color amarillo; pero ya se comprenderá que no todos se resignarán á semejar que padecen de *ictericia* ó á parecerse, si quiera accidentalmente, á los chinos.

Si *La Dame de chez Maxim* es de todos aplaudida, aun lo es más la calicidia del doctor LADIVONSIM.

## JEROGLÍFICO



## CHARADA

Mi *primera*, en el pentágono y mi *segunda* también. *Primera* y *tercera*, no sirve si no da plata á granel. Úsase el *todo* en poesía, como nombre de mujér.

Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Roberto.  
Tarieta.—El pan del pobre.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSERTAR \* NO, SO SE DEBE VER EL NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Autantamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid